

ESTRATAGEMAS SADRISTAS

El 7 de abril de 2003 en Amara, 290 kilómetros al sureste de Bagdad, la guerrilla iraquí expulsó de sus puestos a los funcionarios del Partido Baaz y tomó el control de la ciudad en el primer y único acto de rebelión en esa región durante la invasión anglo-estadounidense del país. Las fuerzas de la ocupación pronto obligaron a la guerrilla a entregar la ciudad bajo la amenaza de bombardearla. El hombre que entregó a los británicos las llaves de la ciudad fue Abdel Karim Mahmoud al-Mohammedawi, un veterano de la lucha contra el régimen baazista que se había pasado varios años en Abu Ghraib y muchos más luchando contra el ejército iraquí en las marismas del sur de Iraq. Conocido como Abu Hatem, «el padre de la justicia», tenía mucho prestigio localmente y en el verano de 2003 conseguir su participación en el Consejo de Gobierno Iraquí era un golpe clave para la ocupación. Pero a mediados de 2004, Abu Hatem abandonaba el CGI como protesta por la persecución por parte de Estados Unidos en Nayaf de un clérigo de treinta y un años, cuya posición nacionalista contraria a la ocupación había conseguido un masivo apoyo popular. Este cambio de actitud de Abu Hatem no demostraba solamente la creciente impopularidad de la ocupación, incluso entre aquellos que inicialmente estaban deseando trabajar con ella; también es indicativo del sorprendente papel desempeñado por Muqtada al-Sadr en el destino de Iraq después de Saddam.

El último libro de Patrick Cockburn¹, que desde la década de 1970 ha informado desde Iraq y durante mucho tiempo ha sido uno de los comentaristas más inteligentes sobre el país, proporciona un retrato exacto de este personaje fundamental aunque enigmático, contrarrestando los clichés periodísticos sobre el «clérigo instigador» y resaltando la prudencia y capacidad de cálculo estratégico de Muqtada. El libro proporciona un relato fluido mayoritariamente cronológico, cuya primera parte se centra en las tradiciones políticas de las que Muqtada es heredero, antes de pasar a un *évènementiel* relato relativamente detallado del periodo que va desde la caída de Saddam hasta comienzos de 2008. Realmente, más que

¹ Patrick Cockburn, *Muqtada al-Sadr and the Fall of Iraq*, Londres, Faber, 2008.

una biografía, Cockburn ha realizado un relato de los profundos orígenes de las políticas islámicas chiíes y de las fuerzas sociales que sostienen al actual sadrismo. El renacimiento de estas políticas es una de las amplias dinámicas desatadas por la invasión de 2003 y una de las que menos se ha entendido, haciendo que la contribución de Cockburn sea aún más bienvenida. Las dimensiones sociológicas de su relato resaltan fuerzas que con seguridad tendrán una influencia definitoria sobre el futuro de Iraq.

Nacido en 1973, Muqtada al-Sadr procede de un linaje de mártires; el primo de su padre, Muhammad Baqir al-Sadr, fue asesinado en 1980 por el régimen baaz, mientras que su padre, Muhammad Sadiq al-Sadr, corrió la misma suerte en 1999 junto a dos de los hermanos de Muqtada. Mientras Muhammad Baqir, Sadr I, había sido el intelectual más destacado del despertar político chií en Iraq a partir de 1958, Muhammad Sadiq, Sadr II, en el limitado espacio de la década de 1990, había sentado las bases organizativas del movimiento que cobró vida en 2003. Sadr I progresó en el escalafón de la jerarquía chií, la *marji'iyah*, en un momento en que estaba siendo continuamente amenazada por el avance del laicismo y por la aparición de un sentimiento panarabista vinculado a los proyectos modernizadores del primer baazismo. Después de la revolución de 1958, conceptos como explotación (*istighlal*) e injusticia (*zulm*) habían adquirido difusión, principalmente en las plataformas levantadas por nacionalistas laicos y marxistas. Baqir al-Sadr manejó este vocabulario en un considerable número de textos después de 1959, utilizándolo para promover un resurgir del islam a la vista de la doble amenaza del laicismo y del pensamiento materialista. Por ejemplo, el primer tercio de su *Iqtisaduna* (*Nuestra economía*, 1960) es una crítica del volumen I de *El capital*, en la que intenta demostrar que Marx minimiza el espiritualismo a favor del reduccionismo económico. El libro muestra un paralelismo interesante con el ataque al marxismo de Michel Aflaq, fundador del partido baaz, en *Fikratuna* (*Nuestra idea*, 1948).

En una serie de trabajos, entre los que se encuentra *Falsafatuna* (*Nuestra filosofía*, 1959), Baqir al-Sadr defendía la islamización de la sociedad y el Estado islámico como la mejor solución para la apremiante situación de la población. A diferencia de Jomeini, que más tarde defendería la *wilayat al-faqih*, el «gobierno de los juristas», al-Sadr otorgaba a los clérigos solamente una función supervisora y las elecciones populares conservaban un papel prominente. Cockburn no analiza su obra con detalle, pero es importante para entender el camino por el que surgió el islamismo chií iraquí, en oposición a los planteamientos de marxistas y nacionalistas laicos. Las intervenciones ideológicas de Sadr se complementaban con su actividad política; por medio del Partido de la Dawa al-Islamiyah (La llamada islámica), creado en 1957 para desafiar el avance del Partido Comunista Iraquí entre la juventud chií, fue capaz de promover un programa social que no parecía reaccionario o carente de energía. El Dawa no solamente se apropió de muchas de las cuestiones urgentes que planteaba

el PCI, sino que también sacó de él lecciones organizativas, creando células clandestinas a escala local.

La ofensiva baazista contra el PCI en las décadas de 1960 y 1970 abrió más espacios para la penetración de las ideas de Sadr. Sin embargo, en ese momento Baqir al-Sadr se había quedado aislado entre la *marji'ya*, que consideraba el activismo del Dawa una amenaza a dos niveles; por un lado socavaba la influencia de los clérigos sobre la población y, por otro, resultaba una provocación hacia un régimen al que no querían desafiar demasiado abiertamente. En 1978 Saddam Hussein y su camarilla consolidaron su dominio y dejaron de tolerar la existencia de ningún centro de poder independiente. El clero chií se refugió en la *taqiyya*, la práctica del disimulo frente a un régimen hostil. Pero cuando en 1979 comienza la Revolución iraní, mientras el clero dirigente chií permanecía cauteloso, al-Sadr mandó un telegrama de júbilo a Teherán, declaró tres días de fiesta en su seminario de Nayaf y escribió una serie de folletos justificando el nuevo Estado islámico. Con estos actos de desafío firmaba su propia sentencia de muerte. Las detenciones de militantes del Dawa ya se habían comenzado a multiplicar, cuando un ataque con granadas de un militante islámico en Bagdad proporcionaba el pretexto para la detención de Baqir. Su cuerpo regresaba a Nayaf unos cuantos días después, convirtiéndose en el primer gran ayatolá en ser ejecutado.

Aunque Baqir al-Sadr dejó un legado intelectual, dentro de Iraq no había una organización que pudiera seguir avanzando el proyecto político chií. Cinco meses después de la ejecución de Sadr I, Saddam Hussein lanzó su «guerra relámpago» sobre Irán, que duraría hasta 1988 y en la que murieron más de un millón de personas de ambos bandos. Cockburn calcula que el 80 por 100 de las tropas iraquíes eran chiíes, obligados a luchar frente a frente con sus correligionarios. Mientras tanto, los grupos de exiliados chiíes formados y armados por Teherán —el más conocido era el Consejo Supremo para la Revolución Iraquí (CSRI)— se pusieron del lado iraní y se ganaron la fama de torturar a los prisioneros chiíes incluso con más saña que a otros iraquíes. Esto sentó las bases para enemistades que iban a hervir durante toda la década de 1990 y resurgir con fuerza a partir de 2003.

A pesar de los fondos saudíes y de las armas estadounidenses, la guerra desgastó los engranajes del Estado baaz. En el momento en que se alcanzó un alto el fuego, el régimen se encontraba exhausto y el nacionalismo iraquí se había desacreditado hasta el punto de que, como señala Cockburn, «cuando Saddam invadió Kuwait en agosto de 1990, se encontró con que el pozo del patriotismo estaba seco». Las tropas abandonaron sus posiciones en cuanto se desencadenó la Guerra del Golfo, pero el feroz ataque aéreo y terrestre de la maquinaria militar estadounidense no se detuvo. Tras la retirada de Saddam se produjeron levantamientos espontáneos de los chiíes del sur del país, animados por las exhortaciones estadounidenses para derrocar a Saddam. Pero el apoyo real no lle-

garía a producirse: el presidente Bush se retractó sobre «el cambio de régimen» y Saddam recibió carta blanca para sofocar el levantamiento chií. El castigo fue severo. Las tropas gubernamentales iraquíes rodearon a miles de hombres, mujeres y niños para ejecutarlos sumariamente. El propósito, como señala Cockburn, era «aterrorizar a la población chií de Iraq, infligiéndola un castigo tan sangriento que no pudiera sublevarse otra vez».

La muerte del gran ayatolá al-Joei en 1992 proporcionó a Saddam una oportunidad histórica; después de haber dispersado a los grupos políticos chiíes y aplastado el levantamiento de 1991, Saddam buscaba instalar como clérigo dirigente a una figura maleable. Optó por Muhammad Sadiq al-Sadr, un sobrino del hombre a quien él había ordenado ejecutar en 1980, una figura respetada aunque no demasiado conocida. Durante los cuatro años siguientes, en una fase de aparente complicidad con los dictados del régimen, Sadr II sentó las bases organizativas para una emergente política islamista chií. Pero, según Cockburn, el «requisito esencial del rápido ascenso de Muhammad Sadiq al-Sadr [fue] el empobrecimiento masivo de los iraquíes» bajo el régimen de sanciones impuesto por Estados Unidos. Las sanciones tuvieron un impacto devastador sobre las condiciones materiales de los iraquíes, llevando a muchos de ellos a morir de malnutrición o enfermedades, y a otros a sufrir una lenta atrofia física y psicológica. La economía se desplomó, el desempleo alcanzó al 50 por 100 y los indicadores de riqueza, que habían estado entre los más altos del mundo árabe, se desplomaron a los niveles del África subsahariana. Evocando sus terribles consecuencias, Cockburn acertadamente compara el régimen de sanciones con un asedio medieval.

La hostilidad que Sadiq al-Sadr mostraba hacia Estados Unidos en sus sermones reflejaba claramente las quejas de las masas chiíes y especialmente, como señala Cockburn, de la rencorosa juventud chií que alcanzaba la mayoría de edad en la década de 1990 y que estaba desilusionada ante el quietismo del clero dirigente. El carácter de masas, populista, de la política de Sadiq al-Sadr le diferenciaba de la orientación más intelectual de Sadr I. Desde su base en Nayaf, Sadr II mandó enviados a todas las zonas chiíes de Iraq, que hablaron con la población local sobre sus problemas sociales y económicos y forjaron relaciones con grupos tribales que también se encontraban presentes en las grandes ciudades. Fuera del sur del país, la base más fuerte del sadrismo estaba en al-Thawra, la zona hiperdegradada de Bagdad conocida ahora como Sadr City; su población aumentó espectacularmente después de la represión del levantamiento chií y el vaciado de las marismas del sur en 1991, y actualmente tiene una población estimada entre 2 y 2,5 millones de habitantes, rivalizando con el propio Bagdad. Las zonas que una vez fueron dominio del Partido Comunista Iraquí, cayeron en brazos del movimiento sadrista, mientras que los elementos más importantes del PCI pasaban a ser cooptados, encarcelados o asesinados por el régimen baaz.

En el espacio abierto por la retórica antiimperialista de Saddam, al-Sadr era capaz de hacer declaraciones que se hacían eco de la ira popular ante las condiciones en las que había caído el país, arreglándoselas para apelar al nacionalismo iraquí sin por ello apoyar al régimen baaz. Cockburn sostiene que, más que desafiar directamente al régimen de Saddam, Sadr II «dio prioridad a una revolución cultural islámica que precediera a la toma del poder». Cockburn repetidamente hace hincapié en la dimensión social del sadrismo: durante la década de 1990, «las antiguas clases poseedoras de la comunidad chií estaban siendo destrozadas o estaban emigrando», y contemplaban alarmadas la creciente seguridad de las bases sadristas. Un informe de 2005 del Grupo Internacional de Crisis describía el movimiento sadrista de la década de 1990 como «un chiísmo militante, plebeyo», y ese carácter se ha mantenido hasta la actualidad. Cuando describe la situación en 2004, Cockburn señala: «Las divisiones de clase dentro de la comunidad chií determinan normalmente la actitud hacia los sadristas. Las clases pobres trabajadoras y los desempleados le veneran, y la clase media de comerciantes y mercaderes le miran con temor y desprecio».

La tentativa de Sadiq al-Sadr de construir una cultura islámica chií estaba destinada tarde o temprano a llevarle a un conflicto con Saddam. Las relaciones con el régimen se deterioraron rápidamente a partir de 1996, hasta que a finales de 1998 Sadr pasó a un desafío abierto. En febrero de 1999, su coche fue acribillado, muriendo en el acto dos de sus hijos; Sadiq al-Sadr fallecía horas después. El sur de Iraq y al-Thawra explotaron en lo que se llamó la intifada de al-Sadr, y el gobierno brevemente perdió el control de Basora. Pero una vez más el levantamiento fracasó, no llegó ninguna ayuda de Irán u Occidente, y de nuevo el castigo fue rápido. Sin embargo, después de haber matado al padre, Saddam perdonó al hijo; Muqtada sobrevivió, quizá debido a una inmerecida reputación de torpe; había sido un estrecho colaborador de su padre, que no solamente le había hecho editor del periódico juvenil sadrista *al-Huda (La Guía)*, sino que de manera significativa le había puesto a cargo de al-Thawra, que más tarde sería el bastión de Muqtada. Los cuatro años que Muqtada se pasó bajo arresto domiciliario le impidieron controlar activamente el movimiento sadrista, pero rápidamente volvió de la hibernación tras la invasión estadounidense de 2003.

Las fuerzas ocupantes no parecen haber tenido demasiado en cuenta el complejo tejido social de Iraq, ni cómo actuarían sus diversos componentes después de la invasión. Estados Unidos ciertamente no anticipó el resurgimiento del sadrismo, quizá prestando demasiado atención a la obra de Kanan Makiya *Republic of Fear* (1989), que solamente mencionaba en una ocasión a Baqir al-Sadr y que concluía que «la resistencia chií tiene que descartarse como una fuerza de la política iraquí por mucho tiempo». El contexto histórico que proporciona Cockburn en la primera mitad de su libro, muestra crudamente el profundo error de los ocupantes. En la segunda parte, pasa a un relato más detallado del papel de Muqtada bajo la propia ocupación; su éxito, debido a menudo, según Cockburn, no a

un carismático radicalismo sino a su «habilidad para hacer rápidas retiradas, políticas y militares, cuando se enfrenta a un adversario superior». Los años de trabajo clandestino y de arresto domiciliario con Saddam solamente pueden haber acentuado la importancia de la prudencia para un hombre al que Cockburn describe como «inquebrantablemente serio», que «cultiva una imagen de gravedad melancólica que parece refutar las acusaciones de haber sido un joven superficial». Además de su distinguido linaje, su edad fue, de hecho, una parte importante de su atractivo. Cockburn señala:

Su absoluta falta de estatus oficial como miembro de la *marji'ya* le hacía aparecer más atractivo para la empobrecida juventud chií, que desconfiaba de toda autoridad religiosa o política. Encontraron más fácil identificarse con Muqtada, que había permanecido en Iraq, que creer a otros como Sayid Majid al-Joei que había vivido durante doce años en Londres, o Muhammad Baqir al-Hakim, el líder del CSRI, que se había pasado veintitrés años en Irán.

El factor más importante donde se fragua la reputación de Muqtada fue su categórica oposición a la ocupación. Mientras la *marji'ya*, dirigida por el gran ayatolá Sistani, favorecía una estrategia de colaboración con Estados Unidos en aras de cimentar la supremacía chií mediante las elecciones, Muqtada desde el principio denunciaba la ilegitimidad de los órganos creados por la Autoridad Provisional de la Coalición, proclamando en sus sermones que «el diablo pequeño se ha ido, pero el grande ha llegado». La retórica antiimperialista y antiestadounidense que había heredado de su padre tenía mayor relevancia incendiaria gracias a la muerte de inocentes y a la todavía mayor degradación de la destrozada infraestructura del país que ocasionaba la ocupación.

Después de la invasión, Muqtada ha organizado rápidamente su red de apoyo, principalmente de clérigos locales. Se hicieron cargo de los barrios y, durante las semanas posteriores a la caída de Saddam, «los sadristas proclamaron tener cincuenta mil voluntarios organizados en el este de Bagdad, mayoritariamente chií, recogiendo la basura, dirigiendo el tráfico y distribuyendo comida en los hospitales». Rápidamente controlaron las mezquitas de Sadr City y muchas de las escuelas, hospitales y centros de asistencia. Si la oposición de Muqtada a la ocupación y el apoyo que recibía de las masas ya eran una amenaza política para Estados Unidos y sus aliados iraquíes, pronto pasó a complementarse con la fuerza militar. En el verano de 2003, Muqtada comenzó a crear el Jaish al-Mehdi, el Ejército Mehdi, bautizado con el nombre del duodécimo imán, que, según las creencias chiíes, regresará de lo oculto para traer la justicia al mundo. Para Cockburn, un cuerpo de voluntarios vagamente organizado no se podía comparar con las disciplinadas y fogueadas tropas de Hezbollah en Líbano, pero, sin embargo, sí pudo alcanzar algunos éxitos militares significativos, el mayor de todos mantener durante varias semanas el masivo asalto de Estados Unidos sobre Nayaf, entre abril y agosto de 2004, cuando los ocupantes sitiaron por dos veces la ciudad en una tentativa de hacer desapa-

recer a Sadr de la escena. De acuerdo con el teniente general Ricardo Sánchez, Bush dijo a sus comandantes que «no podemos permitir que un hombre cambie el curso del país. Al final de esta campaña Sadr debe haberse ido. Como mínimo, debe ser arrestado. Es esencial eliminarlo».

El empate en Nayaf se resolvió finalmente con la intervención de Sistani, que promovió un alto al fuego al que se someterían ambos bandos, una victoria simbólica para Muqtada que aumentó su relevancia nacional. Pero también trajo un cambio de estrategia, ya que a partir de entonces Muqtada evitaría la confrontación militar directa con las fuerzas de la ocupación, centrando sus esfuerzos en el terreno político. Después de un periodo de ocho meses que pasó oculto, Muqtada reapareció en mayo de 2005 para anunciar que se unía a la Alianza Unida Iraquí, una formación esencialmente chií respaldada por Sistani que, en las elecciones del Consejo de Representantes de diciembre de ese mismo año, obtuvo 128 de los 275 escaños. De los 128, 32 fueron ocupados por sadristas, dejando claro que sería «muy difícil en el futuro formar un gobierno iraquí sin el acuerdo de Muqtada». En 2006, los cargos ministeriales a los que accedieron los sadristas, Salud y Transporte, trajeron una bonanza de fondos y empleos para sus seguidores, especialmente en Sadr City.

El acercamiento entre Sadr y las fuerzas chiíes que colaboraban con Estados Unidos se produjo en medio de una mortal espiral de violencia sectaria. La ocupación amplió las grietas existentes entre las principales comunidades del país. La purga de los elementos baazistas penalizaba a la clase media suní y a los suníes en su conjunto, que se consideraban amenazados por el peso político otorgado a los chiíes en el gobierno posterior a Saddam. El colapso de la ley y el orden en los primeros días de la ocupación había convertido a diversas milicias sectarias en una parte aparentemente indispensable del destrozado tejido social del país, los únicos garantes de la seguridad de cada comunidad. Los atentados suicidas de los grupos salafistas, incluido el estilo propio de al-Qaeda en Iraq, alimentaron episodio tras episodio de nuevos asesinatos, especialmente después de que en febrero de 2006 se produjera un ataque con bombas sobre al-Askari *masjid* en Samarra, uno de los lugares sagrados de los chiíes. «Una penetrante sensación de terror se asentó sobre Bagdad y el Iraq central, cuando gentes que habían vivido juntas durante décadas empezaron a matarse o a señalar los blancos para los escuadrones de la muerte». La limpieza confesional se desató por todo Iraq, principalmente en la capital, que cada vez estaba más dividida en barrios separados, homogeneizados a la fuerza en lo que se podría llamar la batalla por Bagdad.

El papel de Muqtada en este proceso fue ambivalente. Hizo numerosos llamamientos a la unidad entre chiíes y suníes en contra de la ocupación estadounidense y de la actuación de al-Qaeda en Iraq, dirigiéndose al clero suní para tratar de detener la marea de ataques salafistas. Estos movimientos, sin embargo, corrían el riesgo de hacerle perder el apoyo de sectores del Ejército Mehdi, sobre el que Muqtada a menudo parecía tener

un control muy tenue: aunque proclamaba su adhesión a Muqtada, con frecuencia actuaba en función de lealtades locales. Muchas de las tropas del sadrismo fueron, de hecho, participantes activos en los asesinatos sectarios, y el sadrismo fue de los más beneficiados por la partición de Bagdad. Cockburn cita a un antiguo comandante del Ejército Mehdi alardeando de que a finales de 2006 el Ejército Mehdi controlaba media ciudad y «el 80 por 100 de las regiones chiíes».

Este éxito abrió una fase de lucha entre los propios grupos chiíes por la preponderancia entre las masas. Tomó forma no sólo en los violentos enfrentamientos entre facciones en las calles de Sadr City y de otros lugares –por ejemplo, en agosto de 2007 los choques entre el Ejército Mehdi y la Organización Badr del CSIRI produjeron la muerte de civiles por todo Iraq–, sino que también se reflejó en la posición fluctuante de Muqtada en relación a Sistani y al gobierno de Nouri al-Maliki. Las relaciones de Sadr con el primero han evolucionado de forma curiosa desde 2004. Desde hace mucho tiempo, Muqtada se enfurece ante el paternalismo de los jerifaltes chiíes de Nayaf, que conservan el control sobre los impuestos religiosos y el derecho a proclamar *fatwas*. Pero frecuentemente también ha necesitado de la autoridad de Sistani para escapar del cerco o de la muerte a manos de las fuerzas de ocupación. Sistani, por su parte, contempla con alarma la amplitud del apoyo a Sadr y su carácter incontrolable, pero a pesar de ello considera que el Ejército Mehdi es actualmente el principal representante de la clase obrera chií. Muqtada también es el único líder creíble chií que mantiene lazos con nacionalistas y suníes. Aunque enraizado en las comunidades chiíitas, el sadrismo nunca fue antisuní: Sadiq al-Sadr, por ejemplo, invitaba con regularidad a los suníes para orar en las *masjids* chiíes, pedía a los chiíes que oraran dirigidos por un clérigo suní y daba sermones enfatizando la unidad entre las dos sectas. El apoyo de Muqtada era esencial para cualquier tentativa de reducir la violencia sectaria.

El Partido Dawa de Maliki tiene su propio sesgo de clase en contra del sadrismo y preferiría destrozarse el movimiento como fuerza política, de manera que pudiera encaminar a las masas chiíes hacia una identidad puramente confesional. Cockburn sugiere que las diferencias entre Muqtada y Maliki pueden haberse exagerado, «públicamente acentuadas por el primero para ocultar a Estados Unidos el alcance de su cooperación encubierta». Pero esto tiende a minusvalorar el profundo antagonismo social que Cockburn identifica con claridad en otras partes, así como sus diferentes posiciones sobre la propia ocupación. La participación de Muqtada en el gobierno siempre ha tenido dos intenciones: por un lado, la utilización de las estructuras oficiales y los fondos del Estado para recompensar a sus bases; por otro, distanciamiento de los desastres que se han producido bajo ese gobierno. Cockburn describe una pauta de comportamiento que apareció en 2007, con los sadristas «saliendo del gobierno, anunciando su regreso, retirándose de la coalición [AUI], pero de alguna manera sin pretender derrocar al gobierno en el parlamento».

En el transcurso de 2007, los parlamentarios de Muqtada trabajaron estrechamente con figuras laicas nacionalistas como Saleh al-Mutlaq y el antiguo «activo» de la CIA Iyad Allawi, buscando socavar la aproximación del gobierno de Maliki tanto a la ocupación como a Sistani. Con el anuncio del incremento de tropas estadounidenses a comienzos de 2007, Muqtada una vez más buscó evitar el combate militar con los ocupantes y repetidamente hizo llamamientos para que el Ejército Mehdi suspendiera sus actividades. No resulta demasiado sorprendente que, hablando sobre la marcha de Muqtada a Irán a finales de ese año, Cockburn cautelosamente señale que, aunque los rumores de semejante traslado cuadraban con la propaganda de Washington, «eso no significa necesariamente que no fueran verdad». Pero la interpretación de las fuentes estadounidenses de que Muqtada había huido temeroso por su vida, es una lectura superficial. Durante sus esporádicas desapariciones, Muqtada ha buscado de forma regular continuar sus estudios clericales, estudiando primero en Nayaf con el gran ayatolá de origen afgano Ishaq Fayaz antes de esfumarse en 2007 para dirigirse a Teherán y Qom, el centro de las enseñanzas chiíes, para trabajar con el sucesor designado por su padre, el ayatolá Kadhim al-Haeri. Muqtada es actualmente un *hawjat al-Islam*, una «prueba del islam», pero aspira a ser un ayatolá. Sistani tiene 76 años y los que se encuentran en la línea de sucesión tienen una edad similar. Muqtada tiene 35 y varias décadas por delante para hacerse con la autoridad final de los chiíes iraquíes. El traslado a Irán parece deberse más a un deseo de aumentar su capital religioso que a doblar la rodilla ante Teherán.

En realidad, incluso en Irán ha causado preocupación la independencia de Muqtada. Cuando el gobierno de Maliki lanzaba una fallida operación a finales de marzo de 2008 dirigida a aplastar la presencia sadrista en Basora, las posteriores negociaciones de alto el fuego requirieron no sólo el desplazamiento de una delegación a Qom para entrevistarse con Muqtada, sino también el acuerdo del general de brigada Qasim Suleimani, responsable de la Brigada de los Guardianes Iraníes de la Revolución en Qom. Mientras esto parece señalar, por encima de todo, el papel decisivo que actualmente tiene Teherán en los asuntos iraníes, la primavera trajo dos incidentes que sugieren una desconfianza en Sadr por parte de las autoridades iraníes. En mayo de 2008 retuvieron misteriosamente a Muqtada en su casa de Qom dos semanas después de impedirle participar en un encuentro entre Irán e Iraq sobre el problema de las milicias. Para los *mullabs* de Teherán, Muqtada es un instrumento indispensable para presionar a Estados Unidos, pero también tienen que mantenerlo dentro de límites aceptables para sus otros aliados en Iraq, ante todo de los límites aceptables por Sistani.

Muchos han sugerido que el repetido llamamiento de Muqtada para el cese de las acciones del Ejército Mehdi, un llamamiento que realizó tres veces en 2008, en febrero, mayo y agosto, venía inducido por Irán, pero también tiene una dimensión estratégica que Cockburn quizá no examina lo suficiente. Es cierto que el Jaish al-Mehdi ha evitado deliberadamen-

te la confrontación abierta con Estados Unidos. Pero no se trata de un caso de *reculer pour mieux sauter*, y el incremento de tropas estadounidenses de 2007 no produjo un cambio de la visión estratégica de Muqtada. Podía simplemente haber hecho un llamamiento para una retirada táctica, haber sacado a sus principales jefes de la ciudad y haber esperado a una eventual retirada de Estados Unidos. En vez de ello, ha comenzado un proceso de reconstrucción del ejército sobre nuevas bases, que le permitan asegurarse un mayor control en el futuro. Para ello Hezbollah es el modelo evidente, y el *sheikh* Hassan Nasrallah el ejemplo particular del propio Muqtada. Como Nasrallah, busca combinar la autoridad religiosa con la sagacidad política y el control sobre el equipo militar para adquirir la hegemonía sobre grandes sectores de la sociedad, no sólo sobre los chiíes. En agosto de 2008, Muqtada ordenó a sus fieles crear una nueva fuerza, al-Mumahidum, «Los que preparan el camino», que tendrá dos niveles: en primer lugar, una unidad paramilitar muy disciplinada sobre la cual Muqtada tendrá el control, y, en segundo, una organización de justicia social que proporcionará ayuda asistencial y trabajará en el campo cultural. Más que una doctrina, quizá sea la tentativa de crear un instrumento más efectivo para ejercer el poder social a largo plazo, lo cual explica la diferencia en el significado de los nombres de las nuevas y viejas organizaciones sadristas: mientras que las primeras parecían significar que la llegada del Mehdi ya se había producido, las segundas todavía están anticipando su llegada.

Los capítulos finales del libro de Cockburn adquieren un tono melancólico cuando registra el ascenso del sectarismo en todos los aspectos de la vida iraquí. Hay breves momentos para la esperanza: cuando en junio de 2007 los dos minaretes que quedaban en el santuario de al-Askari en Samarra fueron destruidos por un segundo ataque, hubo pocas represalias; Muqtada había pedido a sus seguidores que no apuntaran hacia otros iraquíes y, después del bombardeo, tuvo éxito en controlar la milicia. Cockburn concluye que el llamamiento de Muqtada era «probablemente sincero, pero también llegaba con retraso». Había habido una oportunidad real de refundar el nacionalismo iraquí en la primavera de 2004, cuando los sadristas enviaron provisiones a sus hermanos suníes durante el asalto estadounidense de Faluya, y, poco después, cuando las fuerzas de la ocupación empezaron a machacar al Ejército Mehdi en Nayaf, igualmente la población de Faluya mandó ayuda. Pero semejante cooperación no duró, y en el análisis de Cockburn hay poca base para pensar en una futura unidad de los iraquíes. Termina diciendo que «la desintegración de Iraq probablemente haya llegado demasiado lejos para que pueda existir algo más que una poco precisa federación», un veredicto implicado en el título de la edición inglesa pero cuidadosamente omitido en la edición estadounidense, que habla de la «lucha por Iraq» en vez de su caída.

Otros pueden cuestionar el pesimismo de Cockburn; desde su base en Qom, Muqtada mantiene su influencia sobre una fuerte corriente nacionalista en Iraq, y en agosto de 2008 fueron los sadristas quienes encabe-

zaron las protestas contra el acuerdo del «Estatuto de Fuerzas» entre Estados Unidos y el gobierno de Maliki, que fue obligado a retirarse del acuerdo a la vista de la oleada de sentimientos contrarios a la ocupación. Muqtada continúa oscilando entre la tradición del nacionalismo iraquí y el comunalismo chií, atendiendo a su base en la clase obrera mientras hace esporádicos llamamientos a la sociedad iraquí en su conjunto. El que pueda ayudar a forjar una fuerza política coherente que rechace más acuerdos con los ocupantes es algo que está por ver. Pero Cockburn nos ha dado un valioso retrato de un individuo que es fundamental para futuros acuerdos políticos y, lo que es más importante, un valioso retrato de las fuerzas sociales que continuarán sosteniéndole mientras continúe hablando por ellos.